

Accésit

Darío Fuentes Bernabéu

Diario de un posible cuarto

Me llamo Antonio Urrutia Martínez y llevo cinco días escondido en el reloj de Pamplona, encima de la estación de autobuses, pero antes de escribir cómo he llegado hasta aquí, quiero hacer saber cómo está ahora la situación en España: el 17 de julio de 1936, hace casi cinco meses, Francisco Franco dio un golpe de estado; he oído que aparte de Soria, Navarra, Zaragoza, casi toda Castilla, Galicia, Extremadura y la zona oeste de Andalucía incluyendo Sevilla, han caído y sufren el nuevo régimen impuesto, la República sigue perdiendo terreno y todo el que se opone al régimen es llevado a las cárceles o fusilado.



Volviendo a cómo llegué a este lugar, me remonto a hace casi tres semanas. El 19 de octubre entraron los militares en la panadería cuando mi padre estaba trabajando, escuché unos gritos y mi madre me dijo que me escondiese con mis dos hermanas en un hueco que habíamos hecho detrás de unas estanterías. En ese momento cogí a Teresa y a Victoria y nos escondimos en ese pequeño espacio al que ellas llamaban "El Hoyo". Calculé unos 15-20 minutos hasta que salimos, mis hermanas estaban asustadas, sobrecogidas, tengo que admitir que yo estaba igual. Además, sabía lo que podía pasar si me encontraban, peor aun así me mantuve sereno para poder tranquilizarlas. Cuando salimos, mi madre entre sollozos nos explicó que se habían llevado a mi padre; que a mí me habían buscado y ella les había dicho que yo me había ido hace tiempo ya de casa, me dijo que aun así registraron la casa y al final se marcharon, no sin antes llevarse las pocas cosas de valor que teníamos. Al caer la noche mi madre me suplicó llorando que escapase para que no me capturasen a mí también. Yo me resistí y le dije que no, que no estaba dispuesto a dejarlas a merced del franquismo. Dos semanas después me fui, al ver que uno de los vecinos descubrió que yo seguía viviendo en esa casa, y observé desde la ventana cómo salía corriendo en dirección al cuartel.

Rápidamente cogí un par de mudas y este diario y eché a correr.

No tuve tiempo de despedirme, pero mi vida estaba en juego. No sé cuánto corrí y cuando fui a detenerme escuché pasos acelerados y voces a mi espalda, por lo que reanudé mi apresurada huida. Eché un vistazo por encima del hombro y vi a unos guardias persiguiéndome. Crucé calles, muchas calles, giré varias veces totalmente

desorientado y con el corazón palpitándome con fuerza; no era capaz de pensar, mi cuerpo actuaba solo, bajé unas escaleras y me detuve. Observé mi entorno y me di cuenta de que estaba en la estación de autobuses. No sabía qué hacer, los guardias bajaban las escaleras y me quedé ahí, paralizado por el miedo. Acto seguido una mano me agarró el brazo y tiró de mí.

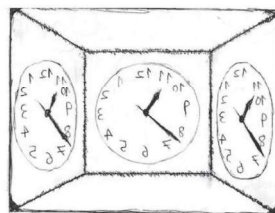
Antes de que me diera cuenta estaba subiendo más escaleras, me intenté fijar en las paredes y en lo que me rodeaba. Sólo fui capaz de reparar en un cartel que rezaba “*Tercero*” antes de entrar en una casa. Mi salvador o mi captor, lo que fuera, me dijo que me escondiese detrás de una estantería. Allí al otro lado me encontré con un pequeño y oscuro espacio, que se veía reducido y ocupado por una especie de maquinaria y dos hombres en un estado deprimente.

Estos dos hombres, Enrique Cayuela y Ramón Díaz-Delgado, me han estado contando que llevan conviviendo dentro del reloj de Pamplona dos meses, pero Enrique lleva escondido desde julio. Ramón me ha contado que tuvo que huir del régimen por estar vinculado a la izquierda y por ser republicano; por otra parte, Enrique era un socialista muy activo en *Movimiento Obrero*, por lo que tuvo que esconderse en cuanto se enteró del golpe de Estado, ya que aquí en Navarra el golpe triunfó desde el primer momento.

Les he contado por qué estoy aquí, que mi familia es atea y también de izquierdas, aunque no me había parado a pensar que algunos de mis vecinos hubiesen ido a denunciar a mi padre por republicano.

8 de noviembre de 1936

Han pasado ya veinte días desde que entré al reloj; los días pasan y no tenemos noticias del exterior. Guillermina, la esposa de Ramón, a pesar de traernos comida y cosas básicas para subsistir sale lo mínimo, y nos ha confesado que no se atreve a hablar con nadie por miedo a ser descubierta una vez fuera. Por otra parte, la familia de Enrique se limita a pasarnos la comida, aunque a veces habla con Enrique en susurros mientras me echan miradas cargadas de desconfianza, hasta de odio o temor me atrevería a decir. No les culpo, al fin y al cabo, fue Guillermina la que me trajo hasta aquí, no me conocen de nada y con los tiempos que corren es mejor no confiar en la gente, porque un pequeño desliz, una palabra dicha de más, pueden llevarte a la tumba. Este tipo de cosas me lleva a pensar en mis vecinos, que nos denunciaron... o en mi padre, que seguramente haya sido fusilado ya sin juicio previo, como tantas otras personas a las que se han llevado. Mi padre no era un criminal, no era un ladrón o un asesino; era un buen hombre que lo único que había hecho había sido tener otro punto de vista, pensar diferente al régimen.



También pienso en mis hermanas y en mi madre, no sé si la habrán encerrado, y mis hermanas se han quedado solas o se las han dado a una familia fascista, o si las han matado a las tres. El no saber qué les ha pasado... si están bien o están sufriendo, es peor que el miedo a que cualquier día el que entre por el hueco sea un militar.

22 de noviembre de 1936

Los días se suceden uno detrás de otro, sin sentido. Este último mes que he pasado sin escribir, se ha ido pasando al igual que el anterior, todos los días son iguales, los pasamos con miedo; por el día al menos podemos movernos (si se le puede llamar así a vivir en un metro cuadrado), pero por la noche es peor, porque como el reloj permanece iluminado, aunque por el día no se nota, por la noche se pueden llegar a distinguir nuestras siluetas desde la calle, o al menos eso me dijeron Ramón y Enrique.

Por otra parte, el no saber cuándo vamos a salir, o siquiera si vamos a salir, minan mis fuerzas, ya es demasiado el miedo que tenemos a que en cualquier momento entre el ejército al piso y encuentren el escondite, así que si a esto le sumamos no saber cuándo vas a salir ni cómo está la situación ahí fuera, pierdes la esperanza. Así he estado, cada día con menos esperanza hasta esta mañana: Enrique me ha confesado que esa noche iban a salir, que se iban a “escapar” del refugio que se había convertido en su prisión estos últimos meses. También me ha hablado sobre su cercano pasado, que Ramón y él eran vecinos, que Ramón además de militante republicano había sido catedrático de Filosofía, y que él era secretario del Ayuntamiento de Pamplona por Izquierda Republicana. No sé muy bien por qué me ha contado esto justo hoy, pudiéndomelo haber contado todo este tiempo; me atrevo a pensar que es una muestra de confianza y que no se fiaba del todo de mí, y que este pequeño detalle es una manera que tiene de darme a entender que confía en mí, o al menos se fía.

24 de diciembre de 1936

Llevo dos días encima de la panadería, en mi casa. Esa noche, cuando salimos, íbamos disfrazados, con ropa que nos habían prestado los vecinos. La verdad es que cuando Enrique me comentó que íbamos a salir de aquel agujero, una chispa de esperanza se encendió dentro de mí, pero una vez salimos a las lúgubres y vacías calles de Pamplona, el miedo apagó esa pequeña llama; sentía mil ojos observándome desde los oscuros rincones y los ángulos muertos que ofrecían los callejones, temía que en cualquier momento alguien me reconociese y me delatase, pero no sucedió nada.

Anduvimos diez o quince minutos en dirección noroeste, hacia Francia, donde Ramón me explicó que a unos diez kilómetros de la frontera nos esperaba un mugalari, una persona que nos ayudaría a cruzar la frontera y dejar atrás la pesadilla en la que se había convertido España.

Todo iba muy bien, nos movíamos por las sombras, cautelosos y con el miedo presente en todo momento, pero sin que nadie nos viese; fue entonces cuando cometí el enorme error que me ha llevado a esconderme aquí: a los diez minutos me detuve al ver la panadería; estaba cerrada y las contraventanas del piso de arriba seguían su ejemplo. Les pedí a Ramón y a Enrique que me esperasen unos minutos, que necesitaba entrar y saber cómo estaba lo que quedaba de mi familia. Me dijeron que era mala idea, que no me la jugase, pero hice oídos sordos a lo que me dijeron y entré.

Al sacar la copia de llaves que tenía, me di cuenta de que la cerradura estaba rota por lo que parecía un agujero de bala. Al instante el terror se apoderó de mí, y entré: subí las escaleras rápidamente, sin apenas reparar en el caos y el destrozo que habían invadido la panadería. Al llegar al piso de arriba, no había ni rastro de mi madre y mis hermanas, había muebles tirados, cristales rotos.

Con el corazón casi saliéndome del pecho me dirigí al estante detrás del cual teníamos nuestro pequeño escondite. Al llegar, algo dentro de mí se rompió; delante de mí estaba el estante, tirado contra el suelo, y “El Hoyo”, como mis hermanas lo llamaban, estaba a la vista, y con una mancha de sangre seca en la pared de la derecha.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, en el suelo, sin apartar la vista de aquella mancha de sangre. Pudieron pasar horas o a lo mejor tan sólo unos minutos; me pareció oír de fondo unos gritos y pasos apresurados que provenían de la calle, pero ya todo me daba igual.

Cuando por fin me atreví a echar un vistazo a la calle, el sol estaba saliendo y no había ni rastro de Ramón ni de Enrique, probablemente se habían visto obligados a irse, o tal vez me habían dejado, ya que el simple hecho de esperar en la calle, de pisarla un instante más del necesario, ponía en peligro sus vidas. En ese momento les odié, por dejarme a merced del mismo monstruo que se había llevado a mi padre, a mi madre y a mis hermanas, pero ahora no puedo culparles.

5 de enero de 1937

Llevo aquí escondido unas dos semanas. Durante estos días he estado subsistiendo con el poco alimento que quedaba en la panadería, por suerte la despensa no la habían vaciado y quedaba suficiente comida, pero a pesar de que la he racionado, ya apenas queda. Aunque me quedan dos kilos de harina, no me puedo arriesgar a cocinar nada ya que esto puede llamar la atención de los vecinos, que llamarían inmediatamente a los militares. También teníamos barriles de agua para mezclar con la harina y hacer el pan, por lo que no me ha supuesto un problema el quedarme sin agua.

Por las noches duermo en mi colchón, he tenido que echarlo al suelo para que no se me vea desde la calle. He dejado todo tal como me lo encontré, salvo el colchón

y la despensa, por si se les ocurriese entrar. Con esto intento evitar evidencias de que la casa está habitada.

Es verdad que aquí tengo más libertad para moverme que en el reloj, pero, aunque en un principio pensé que sería una gran ventaja y que estaría mejor, a medida que pasan los días me voy dando cuenta de que la soledad alienta al miedo, como si el miedo, la tristeza, la pena y el odio fuesen una llama que se aviva cada día, sin piedad, por el inexorable soplo de la soledad.

Es duro oír las voces fuera, no poder ponerles cara, y no saber si fueron las personas de cuya boca provienen esas voces, las que me destrozaron la vida.

9 de enero de 1937

Hoy he cometido el enorme error de intentar tapar el agujero al que mis hermanas llamaban "El Hoyo". Aunque la mayor parte de vida la hago en el piso de abajo, en la panadería, cada vez que subo y veo esa mancha reseca de sangre se me revuelven las tripas, y por mi mente empiezan a pasar imágenes terribles de lo que las han podido hacer; por eso he intentado taparlo con el mueble que en un pasado lo escondía. Al levantarlo se volcó, y provocó un gran estruendo; me quedé totalmente inmóvil, aguzando el oído y deseando que nadie lo hubiese escuchado. No fue así.

Escuché cómo unas voces deliberaban si entrar en la casa o avisar al cuartel; al final decidieron entrar, o eso creí al escuchar cómo una de las voces decía que iba a echar un vistazo, que a lo mejor era sólo un animal o que se había caído algo ya viejo, por lo que no merecía la pena molestar a los del cuartel.

Antes de que el desconocido entrase, bajé las escaleras y me escondí tras el mostrador. Minutos después, el hombre del que provenía la decidida voz entró. Era grande y oronde, de mediana edad y cabello ralo y entrecano. Llevaba una chaqueta militar con unos cuantos méritos enganchados en el lado derecho. Me di cuenta de que debía de ser un militar ya jubilado, y me entraron ganas de abalanzarme sobre él y hacerles justicia a mis hermanas, a mi madre... pero me mantuve ahí, quieto y alerta tras el mostrador, observándole atentamente mientras subía las escaleras. Me maldije a mí mismo al darme cuenta de que arriba había suficientes indicios de que alguien estaba habitando esa casa. Sin pensarlo, salí de casa como un vendaval, con el miedo aflorando de nuevo en mi pecho. En la puerta tropecé con unos desconcertados hombres que, supuse, eran compañeros del que había entrado.

Todo fue como la última vez: el corazón me latía con fuerza y daba un vuelco cada vez que torcía una esquina, la gente me miraba con una mezcla de curiosidad y miedo reflejado en sus ojos. Metros atrás se escuchaban voces que gritaban acompañadas de pasos fuertes y apresurados.

Cuando creí haberles dado esquinazo me detuve, sin aliento, frente a una casa en ruinas. Y entré.

Llevo escondido media hora o algo así, creo que les he despistado, me quedaré aquí unos días, si es que sobrevivo, y me dirigiré a la frontera. Intentaré pasar a Francia.



La puerta de mi actual refugio.

Me encontraron.

No sé muy bien cómo sucedió, pero recuerdo momentos fugaces, como piezas de un puzle que encajan, pero siguen sin completarlo. Recuerdo estar en el escondite y ver ante mí cómo unos hombres armados irrumpían en la estancia. Uno de ellos alzó la mano empuñando lo que debía de ser una especie de porra. Después todo se volvió negro. También recuerdo el traqueteo de un vehículo, voces delante de mí que debían de ser los conductores y respiraciones débiles y agitadas. Supongo que eran compañeros a los que también habían apresado.

Lo último que recuerdo es cómo alguien me arrojó a un frío y sucio suelo al tiempo que una pesada puerta se cerraba con estruendo.

Al despertarme, me percaté de la cantidad de gente que había ahí. La celda era amplia, disponía de cuatro paredes sobrias de un blanco sucio y de un ventanuco con unos barrotes en la cara interior de la celda, y unos iguales cincuenta centímetros atrás, en el lado de la pared que daba a la calle.

Cuando ya la luz no entraba por los barrotes y se dejaban entrever algunas estrellas entre ellos, unos militares asomaron por la puerta y decididamente empezaron a sacar presos, algunos asustados, otros desorientados y unos últimos desafiantes, intentando aparentar seguridad. Uno de ellos se intentó resistir, pero fue rápidamente reprimido de un culatazo en la nuca. El hombre se desplomó como un muñeco de tapo. Lo separaron del resto y se los llevaron.

Ya no había caras desafiantes, el miedo y la angustia eran palpables, mirase a donde mirase veía ojos llenos de miedo y tristeza.

Pasé unas cuantas noches más en esa celda. Cada día se llevaba a unos cuantos y hace dos o tres noches trajeron a dos nuevos reclusos. Estuve hablando con los que quedaban en la celda, todos eran presos políticos, gente que lo único que había hecho había sido mantenerse fiel a la República. También hablé con un muchacho unos años más joven que yo, me dijo que estábamos en el Fuerte de San Cristóbal. Me comentó que llevaba allí unos veinte días y que yo llegué hace una semana. Me habló sobre su familia y él, que vivía en un pueblo llamado Donamaría. Me dijo que tenía siete hermanos pequeños, y que él y su padre habían huido por el resto de su familia, y les habían acabado capturando. Al llegar aquí le separaron de su padre y no sabía nada de él hasta hoy, que se enteró de que estaba en una celda cerca de la nuestra.

Experimenté un sentimiento nuevo, que no había sentido desde que empecé todo. La envidia. Con esto, volví a añorar a mi familia; es verdad que José Martín Sagardía no sabía con certeza si su madre y hermanos seguían con vida, pero al menos sabía que su padre estaba allí, vivo y cerca de él.

Al día siguiente se llevaron a José Martín a otra celda y yo pasé otras cinco noches ahí, rodeado de desconocidos. Me sorprendí a mí mismo cuando descubrí que sentía compasión por ellos, y a pesar de no saber nada de ellos, compartía con ellos el miedo y la tristeza, posiblemente por las mismas causas, y decididamente por el mismo enemigo.



"Habitación/celda que albergaba el triple de reclusos para los que estaba diseñada y en la que pase dieciséis días"

Día 46 en el Fuerte de San Cristóbal

Llevo un mes aquí, no sé con certeza qué día es hoy, creo que es febrero, pero aquí dentro el tiempo es irrelevante.

La cárcel tiene dentro muchos más presos de lo posible. La higiene es pésima, ya he visto morir a varios de enfermedades que desconozco, y muchos otros que son

llevados a un corredor que usan de enfermería, aunque por ahora no he visto que ninguno vuelva. Por descontado, nos dan una cantidad precaria tanto de comida como de agua. En lo que llevo aquí me he duchado dos veces: una al salir de la celda en la que me metieron al llegar y otra hace 15 días. Tenemos sólo una muda y la lavamos a mano, y por turnos para que no se llene el lavadero de gente. Para no perder la poca ropa que tenemos, cada vez que alguien baja a lavar varias mudas apunta en la pared lo que ha traído.

A mí me ha tocado bajar tres veces y ninguna de esas tres he visto cambiar el agua. No hay agua corriendo como en un manantial, el agua está ahí, cogiendo suciedad constantemente. La última vez que salí del lavadero sólo noté dos diferencias en la ropa después de lavarla: que no había parásitos, pues se debían de haber quedado en el lavadero, y que la ropa estaba más sucia que antes.

Hay algo en esta cárcel que hace que pierda toda esperanza. Por lo que tenía entendido, en la cárcel había criminales previamente juzgados o como mucho, inocentes que tuvieron la mala suerte de estar en el lugar y momento equivocados. Sin embargo, la gente que está aquí dentro es inocente, y ha sido encerrada aquí al igual que yo por ser afín al modelo de gobierno que había antes. Ni siquiera nos han dado la libertad de explicarnos delante de un tribunal.

Hay hombres aquí que han sido encerrados porque alguna persona, por los intereses que fuesen, les ha tachado de traidores a España como dirían ellos, o como diría yo, fieles a la libertad de su país.

Todo esto es lo que me hace perder la esperanza: el hecho de ver aquí a tantos inocentes que no saben si volverán a ver el mundo al otro lado de los muros; el hecho de que los militares, cobardes que se esconden tras sus armas de fuego, nos miren con asco, con odio, con indiferencia. Como si fuesen los exterminadores de una plaga con la que hay que acabar.

La gente no habla, se limita a ver pasar los días. Tienen miedo, al igual que yo, a que cualquier cosa que puedan decir pueda suponer su final. A pesar de eso, sigo viendo gente con esperanza; una minoría, pero, aunque sean pocos, los envidio. Puede que tengan a alguien ahí fuera esperándoles, o piensan que salir es posible, no lo sé, pero me gustaría tener su resistencia a pesar de que ahí fuera no va a haber nadie esperándome.

A pesar de eso, tengo un propósito si salgo de aquí. Quiero llegar a Francia y hacerles saber por lo que estamos pasando, que sepan de primera mano cómo es el franquismo, con la esperanza de que nos ayuden a acabar con este terrible golpe de estado.

Aun así, hay algo en mi interior que me dice que no nos van a ayudar, que estamos solos y que esta locura no acabará. Puede que parezca absurdo, y si miras la

idea desde fuera lo es. Una persona que a través de su experiencia quiere hacer que todo un país se decida a ayudar a sacar a España de las garras del franquismo.

¿Cuántos días llevo aquí? No lo sé, calculo que llevaré unos cuatro meses y medio. Los días se alargan al tiempo que las noches menguan. Aunque es un alivio que el calor haya sustituido al frío; con él han llegado más bichos y piojos; el hecho de que las noches sean más cortas es una tortura, pues uso el sueño para evadirme de la cruda realidad, deseando que cualquier día, al despertar, descubra que todo este tiempo he sido víctima de una pesadilla.

Por desgracia, eso no sucede, lo que me obliga a seguir un día más, y luego el siguiente. Estar aquí es como adentrarse en arenas movedizas: cuando entras notas que algo va mal pero no sabes qué es, te sientes desorientado y a medida que pasa el tiempo ves cómo cada vez te hundes más, perdiendo poco a poco la ilusión y la esperanza.

Una de las cosas que más me aterroriza de este lugar el “El Agujero”. Es una sala subterránea que, según me han dicho, funciona como despensa en invierno; tapan con nieve los barroteos que dan a la calle, y así guardan el frío dentro. Aunque nunca he estado, he hablado con gente que ha estado allí, o que ahora está dentro. Dicen que es horrible, que es oscuro, frío y muy húmedo. Dicen que te consume las energías y que te absorbe todo sentimiento benigno que hayas podido tener.

Seis meses

Llevo medio año aquí dentro y todo sigue igual, aunque he estado prestando atención a todo lo que ocurre en la cárcel. La gente si habla es en voz baja, y esporádicamente, pues tienen miedo. Cuando llegué creí que reinaba el silencio, pero estaba desorientado ensimismado, pensando en mis desgracias.

También me he dado cuenta de algo evidente, supongo que antes también lo sabía, pero desesperado por aferrarme a la idea de que aquí nos mantenían presos, y en condiciones pésimas, pero aun así nos querían vivos. Me equivocaba. A veces por las noches oigo cómo sacan a presos de sus celdas. Ayer sin ir más lejos se llevaron a uno de la celda de enfrente con la excusa de que tenía que hacer trabajos nocturnos. Supongo que a los demás les sacarían con excusas parecidas. A los 15-20 minutos de que se lo llevasen escuché tiros y gritos fuera de los muros. Ahí comprendí que nuestras vidas no les importaban lo más mínimo, y que matarnos sólo suponía tachar un nombre en el censo de la prisión.

Con esto también comprendí lo que era “la falsa libertad”, como la llamaban algunos presos. Te decían que ya estabas en libertad, y a los pocos minutos de que el preso saliese, feliz de ver la vida tras los muros, escuchabas tiros de nuevo.

Dos meses más

Llevo ya ocho meses aquí. Escribo poco, sólo cuando estoy en la celda y es ya tarde. Los guardias no saben nada sobre lo que estoy escribiendo, sé que es arriesgado y por eso escribo tan poco.

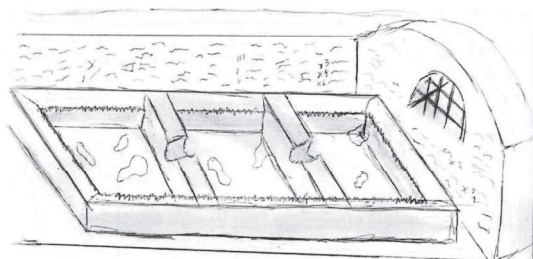
Hace días se llevaron a José Martín, y con él a su padre. No les he vuelto a ver. Aunque una parte de mí se niega a aceptar su muerte, y desea pensar que han logrado escapar, en el fondo sé que están muertos y que no los voy a ver más.

Pensé que sería más duro y que su muerte me afectaría más, ya que era el único preso con el que había conseguido llegar a tener algo más de confianza. A pesar de eso, supongo que cada penuria que he sufrido me ha curtido y ha ido creando coraza alrededor de mi corazón.

Al no estar Martín metieron en mi celda a un secretario de UGT, de nombre Valentín Lorenzo Bajo. Hemos estado hablando y aunque le conozco desde hace poco, he sentido la confianza de contarle mi propósito, sobre lo que estoy escribiendo. Puede que esté cometiendo un error, pues la vida estos últimos meses me ha enseñado que confiar en alguien puede ser tu perdición. Aun así, algo me dice que este hombre es de fiar.

En todos estos meses no llegué a pensar que iba a decir esto, pero es agradable tener a alguien en quien confiar en la celda. Es verdad que estuve más tiempo con Martín, pero no llegué a sentir que podía confiar en él. En cambio, en éste veo una fortaleza distinta, veo un hombre que, a pesar de llevar aquí más tiempo, no se ha dejado consumir por esta cárcel, o si lo ha hecho, no deja que se vea. Me ha preguntado cómo llegué a lograr colar el diario aquí dentro. Yo me lo he preguntado muchas veces, pues me desperté en la celda amplia sin mi ropa, pero con el diario. Puede que alguien me haya ayudado, o simplemente he tenido suerte, no lo sé.

Somos títeres para ellos, juegan con nuestras vidas como un niño que se pone a matar hormigas, sin importar con cuántas vidas acabe, regocijándose de nuestro sufrimiento.



Lavadero del Fuerte de San Cristóbal; subterráneo, con una ventana que da al suelo del patio.

Hará poco más de un año que entré en esta prisión

Ahora mismo, aparte de la higiene pésima, la comida escasa y el constante miedo, es el frío quien reina en la prisión; los días son cortos, por lo que el trabajo es más duro.

También hay presos a los que el frío ha rematado. Cada vez que pienso en el frío que estoy pasando, el cual no me deja dormir pues lo poco que tenemos para taparnos no hace apenas efecto, pienso en los pobres presos que están ahora en El Agujero, sin poder ver la luz del sol.

Hará dos o tres semanas, Valentín me presentó a José Marinero Sanz. Me comentó que había nacido en Segovia, y que era miembro de UGT, afiliado a las Juventudes Socialistas. También me dijo que, aunque lo sentenciaron a muerte, le conmutaron luego la pena de muerte por treinta años de cárcel.

Lleva aquí dentro desde el año pasado. Me extrañó no haberle visto durante todo este tiempo, ya que llevamos más o menos el mismo tiempo en prisión. Supongo que le metieron en una celda distinta, puede que en la misma que al padre de Martín, pero le he preguntado y no parece haberle conocido.

José Marinero me ha contado que ha estado hablando con varios anarquistas que preparaban una fuga, y que pensaban fugarse en mayo. Cuando nos lo comentó, no pude evitar sonreír; un sencillo gesto como ése me hizo reflexionar sobre el tiempo que llevaba sin sentir algo positivo, por llamarlo de alguna manera, exceptuando los fugaces momentos de esperanza que alguna vez sentí, pero que se apagaban rápidamente con la siguiente penuria.

Ese gesto hizo también que José me lanzara una mirada sombría, aconsejándome que no me alegrase, pues implicarnos en la fuga pondría en peligro nuestras vidas; y cabía la amplia posibilidad de que nos pillasen y todo acabase. De hecho, con todos los riesgos que conllevaba, era lo más probable.

Aun así no me lo pensé dos veces, lo único que quería era salir de allí, además yo no tengo nada que perder. Le dije a José que contase conmigo para lo que hiciese falta, pues iba a salir de allí.

He pasado más de un mes sin saber apenas sobre la fuga.

No he hablado mucho con José, aunque Valentín me ha explicado que José ha estado hablando con un tal Jovino Fernández González, que estuvo afiliado a CNT y lleva aquí unos meses.

También me ha comentado que tanto Jovino como José han hablado mediante códigos con gente de fuera en el locutorio. Se han enterado de que el franquismo sigue haciendo recular a las tropas republicanas, haciéndose con Aragón y lo que quedaba del Norte.

La verdad es que la noticia me alivió, y no porque fuese una buena noticia, sino porque yo pensaba que no había lugar en España que no estuviese bajo el mando de esta pesadilla. Me alegró saber que seguía habiendo resistencia, aunque según Valentín, no duraría mucho.

Ahora que me paro a pensar, esto no es una guerra, es una masacre, el frente del conflicto está cientos de kilómetros más al Sur, pero aquí no hay ningún motivo para que sigan torturándonos y matándonos. Nadie en la línea de la Historia ha hecho algo así. Con esto me refiero a exterminar una parte de la población por sus ideales, una vez conquistado y vencido un territorio. Seguir torturando y reprimiendo a la población por el simple hecho de no seguir el ejemplo del ciudadano-modelo franquista. Este ciudadano debe ser fiel a la nueva patria, y digo nueva, porque me niego a ser del mismo país que esos monstruos. También debe ser católico y español, casarse, tener una familia...

También debe ser blanco y amar a Franco casi como a Dios. Seguro que hay gente que no cumple todas estas cosas, pero son obligados a cumplirlas o hacer creer que las cumplen, porque cualquier pequeño desliz puede significar el fin de dicha persona y de toda su familia.

Cada día reflexiono más sobre este tema, y no puedo evitar sentirme culpable por haber abandonado a mi madre y hermanas. Pienso que, si no me hubiera ido, tal vez ellas seguirían vivas.

A pesar de eso, algo ha cambiado; al mirar a través de las rejas, en vez de ver un cielo y una tierra imposibles de volver a sentir, veo entre los barrotes, junto con los haces de luz, un atisbo de libertad que logra traspasarlos hasta llegar a mi celda.

Ya he dejado de contar los días que llevo aquí dentro, ahora sólo pienso en los días que me quedan para salir.

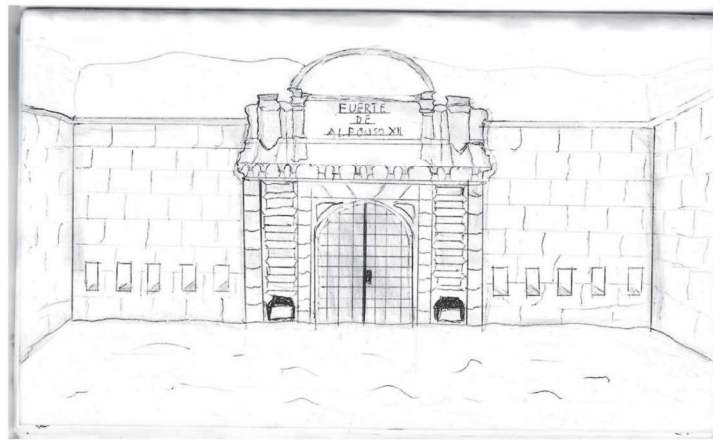
Según me ha comentado José, quedan poco más de 2 semanas. Tanto él como Jovino siguen en esporádico contacto con el exterior. Hace unos días me encomendaron la tarea de vigilar los turnos de los guardias. Todos los días observo atenta y discretamente desde el patio, quedándome con las caras de los guardias, fijándome en las horas y en los cambios de turno, memorizando los minutos que tardan en hacer esos cambios, viendo lo firmes o distraídos que son... Pero a pesar de todo, creo que esto es sólo una prueba para ver si soy de fiar, pues llevan meses planeando la fuga y aun así me quieren hacer creer que desconocen los turnos de guardia. No les culpo, pues sería imprudente y un poco absurdo confiar en alguien que no conoces.

Hoy los anarquistas que están planeando el golpe le han encomendado a José mi siguiente misión antes de la fuga, y espero que sea la última.

Estoy aterrorizado porque me han pedido que me las apañe para ser encerrado en “El Agujero”, allí me explicará un grupo de anarquistas cómo actuar en el momento de la fuga.

No sé cómo hacer para que me encierren ahí sin asegurarme de que en vez de llevarme al “Agujero”, me maten. He pensado en esperar a la noche siguiente y negarme a entrar en la celda.

Con suerte volveré a ver la luz del sol.



28 de mayo de 1938

La Iglesia tiene razón, el Infierno sí que existe, sólo que ellos mismos son los demonios que sirven a Satán, que es Franco.

Esta idea nació en mi mente cuando entré en “El Agujero”. Era frío, sucio y húmedo, pero eso no era lo peor. Los hombres que se encontraban ahí dentro parecían almas en pena, escuálidas, famélicas, con las pupilas dilatadas y una mirada desprovista de ilusión. Al verlos, no pude sentir otra cosa ajena a la pena y a la compasión.

Calculo que pasé unos días ahí, cosa que era difícil de saber, pues la ínfima cantidad de luz que entraba, parecía quedarse en los barrotes, burlándose de nosotros.

Un día, se me acercó un grupo de hombres que decían ser anarquistas, a los que había escuchado hablar en un idioma que desconocía. Al preguntarles, le llamaron *esperanto* y me explicaron que se comunicaban así para evitar que los guardias se enterasen. Me contaron que la fuga se llevaría a cabo al día siguiente, y que, a la hora de cenar, en cuanto los guardias abriesen la puerta, nos abalanzaríamos sobre ellos,

jugando la carta de la oscuridad en nuestro favor. Luego iríamos por los guardias que estuviesen cenando.

Todo parecía muy sencillo, pero empezó a diluviar al cabo de unas horas. Durante los siguientes días pasamos de tener un dedo de agua, a tres. Dormir se hacía imposible y el cansancio jugaba en nuestra contra. Un día pasaron un trozo de papel por las altas rejas. En él rezaba la siguiente frase: "Ns devos prokrasi la fugân je kvar pliaj tagoj", que en esperanto significaba "Tendremos que posponer la fuga cuatro días más".

Llegó el momento. Al cabo de cuatro días, el pequeño grupo de anarquistas y yo esperamos tras la puerta a que entrasen. Tengo que admitir que el miedo me inundaba, me sentía un cobarde frente a los recios anarquistas, que mostraban un porte de orgullo y determinación.

Todo sucedió como se había planeado: entraron los guardias y rápidamente nos hicimos con las llaves y sus armas, les esposamos y les dejamos allí.

Seguí al grupo, que corría decidido hacia las cocinas y el comedor. Cuando entramos, cada uno con un arma de fuego en la mano, comprendí el poder que daban aquellas armas; sólo con mover el índice, podía acabar con una vida. Me sentí poderoso, al ver cómo ellos solos se esposaban los unos a los otros. Sabía que se merecían eso y mucho más, pero, aun así, no pude evitar verme como un cobarde, porque sabía que mi situación de poder sólo se conservaba por lo que tenía en las manos.

Uno de los guardias se intentó revelar, hacerse el héroe, pero uno de mis compañeros lo desplomó de un rápido golpe con una barra de metal. No volvió a moverse y ningún otro guardia intentó darle la vuelta a la situación.



Después todo pasó muy deprisa, los anarquistas se hicieron con las llaves y empezaron a abrir puertas, yo me separé de ellos y fui corriendo a mi celda donde cogí este pequeño cuaderno. Valentín me miró con una mezcla de perplejidad y alegría plasmada en su rostro. Sus ojos me miraban vivaces y llenos de ilusión. No pude evitar

esbozar una sonrisa, pese a que seguíamos en la prisión y sabiendo lo que nos podía pasar si nos capturaban.

Salimos rápidamente de la prisión; por el camino vi a hombres que se negaban a salir de sus celdas, probablemente sin saber lo que estaba pasando, a juzgar por sus caras de desconcierto.

Durante la huida nadie nos detuvo, los pasillos de la prisión estaban colapsados por la gente que corría hacia la salida.

Una vez fuera salimos corriendo colina abajo al igual que cientos de presos más.

Faltó tiempo. En medio de la noche el cielo se llenó de luces, gritos, camiones militares que subían por la colina. Era un caos: las órdenes de los militares se mezclaron con el sonido de las armas al disparar y con los gritos agonizantes de presos alcanzados por balas.

Había luces por todas partes, yo seguía a José y a Valentín, chocándome con ramas y tropezándome con raíces, totalmente desorientado. En un instante acabé en el suelo. Sentí cómo me pisoteaban y cómo un cuerpo caía sobre mí. Llenándome la cara de sangre, inerte.

Opté por quedarme ahí, quieto debajo del cadáver. El corazón me latía con fuerza como diciéndome “Sal de ahí abajo que si no vas a morir”.

Pasé así toda la noche, con los ojos abiertos, atento a la situación. Poco antes del amanecer dejé de escuchar voces y al cabo de un rato me levanté, quitándome con esfuerzo al desconocido que tenía encima.

Tardé tres días en llegar a Zuburi. No me adentré en el pueblo, lógicamente, pero me mantuve escondido cerca, en la linde del bosque.

Ahora estoy escondido en una pequeña cueva que es más bien un agujero en la roca.

Llevo tres días alimentándome de hojas, raíces e insectos. Ayer me dormí por el agotamiento y me desperté sobresaltado al ver el rostro de un anciano frente a mí. Me asusté, pero al intentar irme, el señor me agarró del brazo y me tranquilizó, diciéndome que él también estaba en contra del nuevo régimen. Estuve hablando con él un rato, aún sin fiarme. Me dio a beber de su cantimplora, de la cual bebí ansiosamente sólo tras verle a él echar un trago. También me dio unas setas que había recogido y me comentó que los militares habían puesto precio a nuestras cabezas. Y que la gente había salido a cazar rojos, por lo que lo mejor era que me fuese.

Me señaló que el siguiente pueblo en el que debía parar, sería Roncesvalles, situado a 30 kilómetros, y que luego me dirigiese hasta Valcarlos donde finalmente, si cruzaba el río, estaría en territorio francés.

En ese momento me invadió una cálida sensación de libertad, la salida del infierno estaba al alcance de mi mano, no me lo podía creer.

Acto seguido me desmoroné y empecé a llorar, a soltar todo el dolor, la rabia y la pena que me habían acompañado todo este tiempo. Lloré por mi padre, por mi madre, por mis hermanas, por Martín y por su padre, por todas las familias que habían sido segadas por la guadaña del franquismo.

Una vez me recompuse, le di las gracias al hombre quien antes de irme me deseó mucha suerte.

Hoy seguiré mi camino hacia Roncesvalles, me desplazaré por la noche y descansaré por el día, siempre por el bosque, ya que los militares a penas se adentran.

Hay una cosa que creía que me era indiferente, pero que cuando el hombre me la dijo, fui consciente de lo que lo había echado de menos: la fecha. No sé por qué, pero el simple hecho de saber qué día es, me produjo un gran alivio.

Hoy 29 de mayo de 1938, he llegado a la linde de un pueblo llamado Lintzoain.

Ayer antes de partir, esperé a que la noche se cerniera sobre Navarra, como hice los días anteriores. A pesar de mis pésimas condiciones físicas, el trayecto me está resultando bastante fácil, dentro de lo que cabe.

Los militares siguen buscándonos, pero como no se adentran demasiado en la montaña, no me es muy difícil esquivarlos.

Sigo alimentándome de raíces y algún que otro fruto, me sigue quedando comida de la que me dio ese señor de Zubiri, pero ahora estoy lo suficientemente fuerte para aguantar unos días más si ella. La estoy guardado por si necesito esconderme en algún momento y tengo que quedarme unas horas o unos días escondido en el mismo sitio.

Aunque es verdad que me aterroriza la idea de tener que refugiarme, como en el reloj, como en "El Agujero", hay una cosa que ha cambiado: que ya no estoy en la ciudad donde la gente del barrio me conocía y me odiaba. También el mirar a mi alrededor, y lo que me rodea sea un muro de vida, hecho de árboles, plantas, pájaros, ríos, en vez de unos muros inquebrantables de fría piedra que contienen en su interior la muerte y el sufrimiento, me tranquiliza. Sé que, si me encuentran, se acabó, sé que sigo en España, y que soy un fugitivo sin delitos a la espalda, pero moverme de noche, por la naturaleza, me hace sentir que tengo mi propia libertad, aunque sólo sea ahí, pero la tengo.

1 de junio de 1938

He llegado a Roncesvalles.

Me ha costado llegar más de lo que creía. La misma noche en la que salí de Lintzoain me vi obligado a bajar a un valle para no tener que rodear toda la montaña.

Al bajar, vi una especie de bulto en la orilla del río. Me acerqué, y vi el cuerpo sin vida de un hombre, hinchado y con una herida de arma de fuego en la espalda. Observé a la tenue luz de la luna los perdigones que tenía incrustados. Me di cuenta horrorizado de que eran de una escopeta, y como los militares no las usan, llegué a la conclusión de que había sido asesinado por alguna persona de un pueblo cercano. Puede que fuese un exmilitar como el que me persiguió en Pamplona, solo fuese una persona que necesitaba el dinero. El motivo y quién lo hubiese asesinado dejó de importarme al darme cuenta de que el asesino habría ido a buscar a los militares para cobrar el dinero prometido. Seguramente los militares estarían al llegar para comprobar que esa persona decía la verdad.

Salí corriendo, no sé en qué dirección, sólo sé que corrí todo lo lejos que pude del cadáver.

Hice bien, al cabo de dos minutos aproximadamente oí unas voces que se acercaban a la escena del crimen, o para ellos la presa cazada.

5 de junio de 1938

Habré andado unos treinta kilómetros durante estos días. Ayer, de madrugada me topé con un cazador. Al principio, me asusté y hui, pero pronto me reparé en un detalle que había pasado por alto: llevaba en el hombro izquierdo de la cazadora una bandera descolorida, envejecida y medio rota compuesta por tres significativos colores: rojo, amarillo y morado. Al percatarme, me detuve y le pregunté qué hacía aquí.

Pronto estuvimos charlando tranquilamente bajo una gran haya. Me comentó que él había huido de la guerra, que ya no había nada que hacer, que Franco había ganado. En ese momento me enfurecí por verle ahí sentado, huyendo de la guerra; le vi como un cobarde y un egoísta por darlo todo por perdido. Ese sentimiento se apagó cuando el último recuerdo que tengo de mi madre invadió mi mente. Recordé cómo me vi obligado a abandonarlas, dejándolas a merced del terror. Comprendí que ese hombre, fuera quién fuese, se había visto obligado a huir y dejar atrás todo lo que quería, al igual que hice yo. Fue en ese momento cuando la furia me abandonó para dejar paso a la compasión.

Le he contado mi historia y me ha ofrecido pasar con él la frontera. Por lo visto tiene un amigo en Valcarlos que ya ha ayudado a varias personas a cruzar.

Por fin, después de mucho tiempo la vida me ha brindado un poco de suerte.

Hace pocas horas que hemos llegado a la montaña próxima a Valcarlos. Ver este pueblo sabiendo que es el último que queda antes de Francia, saber que voy a poder escapar de esta pesadilla y que Francia está a dos colinas al Norte, es alentador.

Está a punto de anochecer. El hombre que nos ayudara a cruzar debe estar al llegar. Estoy nervioso, no paro de pensar en que nos van a pillar y todo lo que he dejado atrás y todo por lo que he pasado, resultará en vano si nos capturan.

Aunque estoy deseando cruzar, no puedo evitar sentir pena por dejar atrás a mi familia. Si siguen vivos no les volveré a ver, y si les han quitado la vida...no podré velar sus cuerpos...

Por fin ha llegado el hombre al que esperábamos. Es hora de ponerse en marcha, de no volver a mirar atrás y de abandonar de una vez por todas este país sumido en la desgracia.

Espero llegar a Francia y poder tener una vida libre de miedo y de dolor.

Antonio Urrutia Martínez

Esta primera parte de “Diario de un posible cuarto” está ambientada en la retaguardia de la guerra durante la dictadura franquista.

Todos los hechos históricos, los lugares y las figuras históricas, menos el protagonista y su vida antes de llegar al reloj, son reales

Fuga de Ezkaba

El Fuerte de San Cristóbal se convirtió en prisión tras la revolución de octubre de 1934. En la retaguardia de la guerra, se seguía asesinando a presos políticos.

El 22 de mayo de 1938 se comete una fuga en la que escapan 795 presos de los 2.497 que había en la prisión. De estos 795, 202 son cazados y los demás son devueltos al Fuerte y fuertemente reprimidos, pero 3 pasan a Francia, aunque se habla de un posible cuarto, al que se le vio por Valcarlos y se dice que nunca le encontraron.

La fuga se planea durante 6 meses por un grupo de anarquistas, posponen la fuga una semana por lluvias.

Figuras históricas

- **Jovino Fernández González:** albañil y militante de la CNT, fue uno de los tres únicos presos que logró escapar del Fuerte de San Cristóbal en 1938 y alcanzar Francia tras doce días de huida.
- **José Marinero Sanz:** compañero de fuga, cruzó la frontera francesa junto a Valentín Lorenzo Bajo tres días antes que Jovino, tras sobrevivir a la brutal persecución del ejército franquista.
- **Valentín Lorenzo Bajo:** jornalero y secretario de la UGT local, fue condenado por auxilio a la rebelión.

- **Ramón Díaz-Delgado:** catedrático de filosofía, profesor de filosofía, militante de Acción Republicana y luego de Izquierda Republicana.
- **Enrique Cayuela:** Secretario del Ayuntamiento de Pamplona por Izquierda Republicana durante la Segunda República Española. Se escondió durante seis meses en el reloj y compartió los tres últimos con Ramón Díaz-Delgado.

Sima de Legarrea

A José Martín Sagardía Goñi lo nombró brevemente en el diario para reflejar la tragedia que sufrieron su madre y hermanos. He encontrado varias fuentes distintas sobre qué les pasó a Martín y a su padre. Como no hay una fuente clara, escogí la que más concordaba con la historia de Antonio Urrutia.

En agosto de 1936, Juana Josefa Goñi Sagardía embarazada y seis de sus hijos fueron arrojados vivos a una sima de 40 metros por los vecinos del pueblo. Antes de que esto sucediese, la familia se había tenido que mudar a una casa en el monte lejos del pueblo, donde se acusaba a la madre de brujería.

Es uno de los crímenes más atroces tras el golpe franquista. Durante décadas, la sima se ha estado usando de basurero, hasta que en 2016 se exhumaron los cuerpos.